

## Fe, educación y cultura en la era de la inteligencia artificial

La Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* ofrece a las universidades católicas un impulso rico de entusiasmo sobre el cual vale la pena detenerse a reflexionar. Dicho entusiasmo está en la misma línea con lo que afirmaba el Concilio Vaticano II, a partir de la *Gravissimum Educationis*, la cual señaló como horizonte de las escuelas de grado superior, pertenecientes a la Iglesia, la misión de colocar «toda atención en los problemas y en los hallazgos de los últimos tiempos [para que] se vea con más exactitud cómo la fe y la razón van armónicamente encaminadas a la verdad» (cf. n. 10). El espíritu de la *Ex Corde Ecclesiae* busca, ciertamente, enraizar las universidades católicas en el «corazón de la Iglesia» (n.1) y guiarlas hacia la «ardiente búsqueda de la verdad» (n.2), en «fidelidad con el mensaje cristiano» y con un «empeño institucional que esté al servicio de pueblo de Dios y de la familia humana» (n. 13). Pero, al mismo tiempo, desafía a las universidades a verse a sí mismas como un «centro incomparable de creatividad» (n. 1), a sentirse llamadas a «una continua renovación» (n. 7), especialmente «en el mundo de hoy, caracterizado por los rápidos desarrollos en la ciencia y en la tecnología» (n. 7).

La renovación constante, en una institución que se preocupa por la búsqueda de la verdad y por la transmisión desinteresada del propio modo de existir, debe por ello ser considerada como un hecho normal. Las universidades católicas deben, de hecho, dialogar con lo nuevo, trabajar sin descanso en las preguntas y en las problemáticas actuales, y constituirse ellas mismas como grandes laboratorios del futuro. De las universidades católicas se espera, no solamente que custodien activamente la memoria noble de los días pasados, sino que sean sondas y cunas del mañana. Sin embargo, esta renovación que las caracteriza debe estar acompañada, como lo recuerda la Constitución apostólica para las universidades católicas, de un «clara conciencia» (n. 7) que le viene desde la propia naturaleza e identidad. Por esta razón, en los diferentes cambios históricos y culturales que las universidades han debido enfrentar, incluyendo el cambio de época actual y desafiante, se hace indispensable conjugar siempre dos términos, a saber, renovación y conciencia.

Lo mismo podríamos decir, en general, de la escuela en general. Aquí estáis algunos miembros del mundo de la educación en la escuela.

Sobre la renovación y la conciencia se ha pronunciado con insistencia el Papa Francisco. Son oportunas estas palabras del Papa: «todos somos conscientes de cuánto la inteligencia artificial esté cada vez más presente en cada aspecto de la vida cotidiana, tanto personal como social. Esta incide en nuestra forma de comprender al mundo y a nosotros mismos. Las innovaciones en este campo hacen que tales instrumentos sean cada vez más decisivos en las actividades e incluso en las decisiones humanas»<sup>1</sup>. El camino que el Pontífice indica es aquel del diálogo y del discernimiento. De hecho, nos afirma la «convicción de que *sólo formas de diálogo verdaderamente inclusivas* pueden permitirnos discernir sabiamente cómo poner la inteligencia artificial y las tecnologías digitales al servicio de la familia humana»<sup>2</sup>.

Sin duda alguna, el futuro exige una visión interactiva, una maduración poliédrica de la realidad y la audacia de arriesgar. El riesgo, lo sabemos bien, es indisociable de un contexto educativo, digno tal nombre. El Papa Francisco nos lo recuerda con pasión cuando dice que «un educador que no sabe asumir riesgos no sirve para educar... En este momento estás a salvo, pero no es definitivo. Tienes que dar otro paso. Tal vez resbales, pero te levantas, y sigues adelante... El verdadero educador debe ser un maestro del riesgo, pero del riesgo razonable»<sup>3</sup>. Riesgo razonable es, por ejemplo, en el contexto actual, mantener las prioridades bien salvaguardadas: «la prioridad de lo ético sobre lo técnico, la primacía de la persona sobre las cosas, la superioridad del espíritu sobre la materia, ya que sólo se servirá a la causa del hombre si el conocimiento se une a la conciencia»<sup>4</sup>. Se requiere, por ello, reforzar la antropología integral que incluya a la persona humana en el corazón de los principales procesos de civilización. La gran inversión que tenemos que hacer es sobre todo humana, es decir, la inversión en la formación de cada miembro de la familia humana para que pueda desarrollar las propias potencialidades cognoscitivas, creativas, espirituales y éticas, de modo que contribuya de manera cualificada al bien común. La gran cuestión que está detrás de la inteligencia artificial continúa siendo antropológica. Los desafíos que afronta el mundo de la educación deben ser aquellos en los que se coloca hoy la persona humana.

---

<sup>1</sup> Papa Francesco, Discorso all'incontro "Roma Call", promosso dalla Fondazione Renaissance, 10/01/23.

<sup>2</sup> Papa Francesco, Discorso ai partecipanti dei "Minerva Dialogues", 27/03/23.

<sup>3</sup> Papa Francesco, Discorso al Congresso Mondiale Promosso dalla Congregazione per l'Educazione Cattolica (21/11/2015).

<sup>4</sup> Papa Francesco, Discorso al Congresso Mondiale Promosso dalla Congregazione per l'Educazione Cattolica (21/11/2015).

Las universidades, y con mayor razón las universidades de la Iglesia y el mundo de la educación en general se encuentran en una encrucijada de posibilidades culturales, científicas y sociales. No viven para sí mismas, como burbujas impermeables de la realidad. Más bien, al contrario, ellas se desarrollan en la medida que llegan a ser capaces de escuchar, de hacer el ejercicio responsable de llevar adelante prácticas colaborativas, de un encuentro generador de personas y culturas. Esto pide una inteligencia creativa, y, además, un discernimiento que no puede ser parcial ni improvisado, sino basado en los propios valores. Al inicio de su pontificado, subrayando el rol decisivo de las universidades en la dinámica de las transiciones culturales que estamos viviendo, el Papa Francisco nos exhortaba así: «Es importante leer la realidad, mirándola a la cara. Las lecturas ideológicas o parciales no sirven, alimentan solamente la ilusión y la desilusión. Se trata de leer la realidad, pero también de vivir esta realidad, sin miedos, sin fugas y sin catastrofismos. Cada crisis, también la actual, es un paso, un trabajo de parto que comporta fatiga, dificultad, sufrimiento, pero que lleva en sí el horizonte de la vida, de una renovación, lleva la fuerza de la esperanza. Y ésta no es una crisis de «cambio»: es una crisis de «cambio de época». Es una época la que cambia. No son cambios de época superficiales [...]. La Universidad como lugar de «sabiduría» tiene una función muy importante en formar al discernimiento para alimentar la esperanza»<sup>5</sup>.

En relación con el «cambio de época» que estamos viviendo, me viene a la memoria la cautela con la que el *Fedro* de Platón reacciona ante la transición de sociedades basadas en la oralidad que pasan a ser sociedades en las que la escritura se convierte en el aspecto dominante. Las opiniones estaban divididas. Para algunos, la escritura hace al ser humano más sabio y es una medicina que acude en ayuda de su memoria. Para otros, los peligros superan a las ventajas, y afirman que la nueva forma de comunicación «engendrará el olvido en las almas: dejarán de ejercitar la memoria porque, apoyándose en la escritura, ya no recordarán las cosas desde dentro, sino desde fuera, por medio de signos extraños, pudiendo tener conocimiento de muchas cosas sin enseñanza, se creerán muy doctos, mientras que en su mayor parte no sabrán nada».

Sin duda alguna, el ingreso de las universidades y de todo el mundo de la educación en esta nueva época histórica, representada por la transición de lo analógico a lo digital y por el impacto, aún por descubrir, de la

---

<sup>5</sup> Papa Francisco, Incontro con il mondo della cultura, Cagliari (22/09/2013).

inteligencia artificial, nos obliga a un delicado ejercicio de responsabilidad. Al respecto, vale la pena recordar las reflexiones del Papa Francisco. Este afirma: «no es suficiente la simple educación en el uso correcto de las nuevas tecnologías que no son, efectivamente, instrumentos “neutrales” porque, como hemos visto, modelan el mundo y comprometen a las conciencias en el ámbito de los valores. Hace falta una acción educativa más amplia [...]. Existe una dimensión política en la producción y el uso de la llamada “inteligencia artificial”, que no atañe solamente a la distribución de sus ventajas individuales y abstractamente funcionales. En otras palabras: no basta simplemente confiar en la sensibilidad moral de quienes investigan y proyectan dispositivos y algoritmos, sino que es necesario crear organismos sociales intermedios que garanticen que esté representada la sensibilidad ética de los usuarios y de los educadores [...] Se entrevé una nueva frontera que podríamos llamar “*algor-ética*” [...]. Pero, la complejidad del mundo tecnológico nos exige una elaboración ética más articulada para que este compromiso sea verdaderamente incisivo»<sup>6</sup>.

Curiosamente, un tema que no falta nunca cuando el Papa habla de universidad y de educación es aquel de la esperanza. Pareciera que nos quisiera decir que ambas realidades, educación y esperanza, son sinónimos. Se trata, entonces, de una exhortación a no dejarnos descorazonar por las dificultades de este clima histórico y de enfrentarlas, más bien, iluminados por aquella confianza que irradia de la promesa cristiana. En lugar de globalizar el miedo y la incertidumbre, Francisco nos invita a globalizar la esperanza. La esperanza no es un accesorio o una eventualidad. Esta tiene una raíz ontológica. Cuando falta la esperanza, falta la vida. Quien vive en el mundo universitario no puede permitirse la desesperanza. La esperanza es nuestra misión. Ella no es optimismo superficial, sino más bien es saber arriesgar de modo justo. Que nuestras universidades católicas y nuestros centros educativos, con los instrumentos de renovación y de conciencia puedan ir siempre adelante en el modo justo.

Observando el famoso cuadro de Rafael titulado «Escuela de Atenas», donde el surgimiento del pensamiento filosófico se cuenta como una sucesión interminable de conversaciones: la de Platón y Aristóteles en el

---

<sup>6</sup> Papa Francisco, Plenaria della Pontificia Accademia per la Vita (28/02/2020).

centro, pero también la de Sócrates, Epicuro, Heráclito, Euclides, Pitágoras o la de la única mujer citada allí, Hipatia, una importante matemática y astrónoma de Alejandría, pienso también en las conversaciones nocturnas de Nicodemo, un príncipe de los fariseos, que se acerca a Jesús con una pregunta que sobresalta el alma: «¿Cómo puede nacer de nuevo un hombre que es viejo?» (Jn 3,4). O en la conversación restauradora de esperanza que tiene lugar en el camino de Emaús. Recuerdo el tema clásico de la llamada «sacra conversación», que podemos encontrar en las magníficas obras firmadas por *Fra Angelico* o *Piero della Francesca*, y cómo siglos más tarde el tema se secularizaría y pasaría a representar un género muy común. No seríamos lo que somos sin conversación. Montaigne definía la conversación como «una charla franca que abre el camino a otra charla». Es una hermosa manera de describir lo que ocurre en una conversación real, cuando la confianza que ofrece la palabra y la que sostiene la escucha autorizan la expresión de ese «otro hablar». Como observaba Montaigne, «la palabra pertenece en parte a quien habla y en parte a quien escucha». Y la vida es, de hecho, esta circularidad, esta búsqueda de lo que nos falta, esta entrega al otro de la parte que hemos aportado hasta ahora, y que él puede continuar de un modo imprevisto, quizá incluso más claro que el que nosotros somos capaces de aportar. Un pedagogo contemporáneo dice con razón: «No hay amor que sobreviva sólo de sentimientos, sin conversación tranquila». Sin la aparente ociosidad de la conversación, no tendríamos ciencia ni las distintas formas de pensamiento.

Hoy tenemos *Wi-Fi*. Es sólo uno de los signos que nos llevan a comprender que estamos inmersos en una revolución -que es tecnológica, pero también civilizatoria y antropológica- y que tiene un objetivo preciso: cambiar nuestra forma de trabajar con la realidad, pretender alterar también la configuración de nuestra experiencia del mundo y, por extensión, de la conciencia de nosotros mismos. El término «digital», que describe genéricamente la era o, según algunos, la transición epocal en la que estamos inmersos, deriva del latín «*digitus*», que puede traducirse como «numérico». Y lo que lo sustenta es el descubrimiento de que cualquier porción de la realidad puede ahora traducirse numéricamente, transformarse en una estructura de datos, en un algoritmo. Esta traducción numérica representa a la vez una nueva herramienta y una forma de vida diferente: una vida desmaterializada, liberada del peso de las contingencias; una vida increíblemente rápida, accesible a todo el mundo en cualquier momento (superando las restricciones del tiempo) y en cualquier lugar (superando las restricciones del espacio).

Creo que el Papa Francisco lo expresa de forma muy lúcida y clara cuando dice: «se puede decir que hoy no vivimos un tiempo de cambio, sino un cambio de época». Es evidente que en la historia de la humanidad han surgido elementos y desafíos inéditos que estamos llamados a afrontar. Hay momentos, como el actual, en los que las interpretaciones de los peligros y las oportunidades están tan contrastadas que nos sentimos como en el *incipit* de la narración que Charles Dickens dedicó al surgimiento de la Revolución Francesa, y que tituló «Historia de dos ciudades»: «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad de la sabiduría, era la edad de la locura, la edad de la fe y la edad de la incredulidad, el período de la luz y el período de las tinieblas, la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Teníamos todo por delante, no teníamos nada por delante...».

En etapas históricas tan desafiantes, estamos llamados a activar o redescubrir nuestros recursos espirituales y humanos. La etimología latina del término «recurso» está asociada al verbo «*resurgere*», resurgir. En los momentos de crisis, en las transiciones dilemáticas que la historia despliega cíclicamente, en los temblores sísmicos de las certezas que parecían regular la morfología de la vida, estamos llamados a volver a entrar en contacto, quizá más intensamente, con lo que puede hacernos resurgir, porque los recursos son instrumentos primarios de ayuda, puntos de apoyo, palancas preciosas para hacer operativa la esperanza y modelar el futuro.

Necesitamos, por tanto, reforzar una antropología integral que sitúe a la persona humana en el centro de los principales procesos civilizatorios. La mayor inversión no puede dejar de ser humana, es decir, la inversión en la potenciación de cada persona para que pueda desarrollar sus capacidades cognitivas, creativas, espirituales y éticas y contribuir así cualificadamente al bien común. Así lo afirmaba el Santo Padre en *Fratelli Tutti*: «Para avanzar hacia la amistad social y la fraternidad universal, es necesario un reconocimiento básico y esencial: tomar conciencia de cuánto vale un ser humano». Que la Universidad de Deusto y nuestros centros de la escuela católica sean de verdad un lugar donde el valor del ser humano esté siempre en el centro, como el tesoro más preciado.

Gracias, Eskerrik Asko!